

ruso: la reacción difunde por el mundo la idea de que Lenine, y con él el Soviet, habían claudicado de sus ideas, citando en apoyo de esta fábula las transacciones a que se vió obligada Rusia para no permanecer ahogada por sus enemigos, que le pusieron cerco de hambre, y ahora pretenden que el reconocimiento otorgado por el Gobierno inglés, tiene poco valor en vista de las nuevas orientaciones rusas. No hay tal: el reconocimiento del Soviet por Inglaterra, es una tesis que el Partido Laborista viene sosteniendo desde años atrás, y Lenine ha muerto cuando su gobierno era ya el que mayor tiempo lleva de duración entre todos los actualmente existen en el mundo civilizado.

Entre los colaboradores de Mac Donald se encuentran personajes como Arthur Henderson, a quien se considera el hombre público con más alta capacidad de organización que posee Inglaterra, y Sidney Webb, intelectual eminente que ha influido en la creación de diversas instituciones favorables a las clases trabajadoras.

El nuevo Gobierno ha comenzado a poner en práctica sus ideas. Ya comienza a dictar medidas que modifiquen la situación económica de Inglaterra, donde la falta de trabajo asumió tales proporciones, que el Gobierno se vé obligado a sostener a centenares de miles de familias de obreros desocupados. Igualmente se propone llevar a la práctica el Plan Fisher, destinado a extender e intensificar la educación de las clases pobres.

Saludemos el triunfo del Laborismo inglés como signo de que los países antes reacios comienzan a orientarse como lo reclama la Civilización contemporánea: la redención económica de las clases trabajadoras y su intervención efectiva en las labores del Gobierno, único medio de llegar al equilibrio social basado en la justicia.

¿Cuándo le hablarán así nuestros Gobernadores a sus gobernados, con franqueza y sencillez comunicativas, tan bien informados, con tendencias tan modernas?

¿Adónde llegaría el régimen de opinión, si en un país inteligente como éste el diario oficial hablara en un tono parecido, con una preocupación tan clara de las inquietudes de la época?



Lenin, ciclista

COMO los demás revolucionarios rusos, Lenin pasó por París. Entonces nadie, salvo sus partidarios, sospechaba en él esa cosa que a su muerte le reconocen hasta sus adversarios; esa cosa que, en complicidad con las circunstancias, desprende de un mortal cualquiera lo inmortal en el arte, en la ciencia o en la acción. No sabemos si la gran guerra podía haber dado lugar a un Alejandro. Militarmente, no ha producido más que sargentos, tanto Foch como Ludendorff. La revolución francesa dió lugar a Napoleón; la guerra europea ha dañado lugar a Lenin. A través de todas las opiniones políticas, no puede menos de reconocerse, en general, que Lenin ha sido el hombre visible que ha estado más a la altura de los acontecimientos: el único superviviente de la gran especie. A su lado, Lloyd George parece nada más que un charlatán; y Clemenceau, el viejo Clemenceau, que es el que más podía comparársele, parece un niño de teta. En cuanto a Wilson, no ha sido un hombre, una realidad; no ha pasado de ser una aspiración vaga. En circunstancias tan lamentables, Lenin ha salvado el orgullo del género humano. Así, en los más virulentos artículos necrológicos que se le dedican, late el orgullo satisfecho del pobre hombre que no puede menos de pensar: hemos cometido nuestras barbaridades en este tiempo; pero, al fin y al cabo, hemos producido un gran hombre, a la altura de ellas.

En el tiempo—los primeros años del siglo—en que Lenin estuvo en París, le desconocían los mismos socialistas franceses. Era uno de esos revolucionarios, de un partido más o menos enteléquico, a quienes un día se les daba la mano en *L'Humanité*, y al día siguiente no se les saludaba en la calle; costumbre francesa de todos los partidos y de todas las clases que por aquellos años, o aún poco después, soliviantaba al hidalgo oculto en el entonces Gorki español, Ciges Aparicio, el autor *Del cuartel y de la guerra*. Jaurés, Guesde, los grandes figurones del socialismo francés, no hubieran creído que ese mongol—Lenin, no Ciges—pequeñito, nervioso, absurdo, era el llamado a hacer la social. Sin embargo, Lenin hizo ya en París algo de importancia. Fué precisamente en París, en un Congreso socialista ruso, donde creó, como un ente de la razón, el partido bolchevique. Se apoderó del periódico, de la organización y, con un sentido perfectamente antidemocrático y soviético, en nombre de todo el prole-

tariado ruso presente y futuro, no admitió al otro partido, al menchevique, ni en minoría, ni sumiso. En la biografía de Lenin hay un punto central por esclarecer. Es el de averiguar cómo se anudaban en él—y ahí debía residir su fuerza—un determinismo tan inexorable como el de Carlos Marx y una determinación tan violenta como la de Maquiavelo. La política de Lenin ha sido la trasmutación de la de *El príncipe*, poniendo, en vez de príncipe, el principio de la lucha de clases. Todos los hombres de acción tienen que atar fuertemente el nudo de la determinación y del determinismo. Para Napoleón, el determinismo era su buena estrella. Para Lenin, debe haber sido el fatalismo de cierto modo de la personalidad rusa que Tolstoi, en *Guerra y paz*, muestra profundamente fisiológico. Para cierto modo de la personalidad española, fué místico.

Lenin, economista, marxista, comunista, debió vivir la mejor parte de su vida en una tensión de espíritu no muy diferente de la de Santa Teresa. En su época de París, su pensamiento no era más que acción; pero su acción socialista, de masas, era sólo, sin masas, pensamiento. Los tres o cuatro bolcheviques que había en Alemania se empezaron a sentir, según la corriente filosófica, neoplatónicos. Y Lenin empezó a estudiar en París filosofía para defender a la república de Marx contra la república de Platón. Trabajaba diez y ocho horas diarias. Su único entretenimiento era, a veces, la bicicleta. Corría furiosamente durante horas. Ponía su pensamiento en el pedal. Una revolucionaria rusa muy enemiga suya, Tatiana Alexinsky, ha contado cómo la enseñó a montar en bicicleta Lenin. Otro compañero la estaba enseñando cómo debía cogerse, cómo debía accionar los pedales. Lenin interrumpió la lección: «Lo que hay que saber—la dijo—es *querer!* Cuando sientas que la voluntad se apodera de ti, vete sin miedo, llegarás a cualquier parte». Y empujándole la bicicleta con fuerza, concluyó gritando la frase de Dantón: «Audacia, más audacia y siempre audacia».

Tatiana Alexinsky no se rompió la cabeza.

CORPUS BARGA

París y enero.

(El Sol, Madrid).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Simplicitas y Diferencias (Tres series).
 Precio de cada serie \$ 2.50